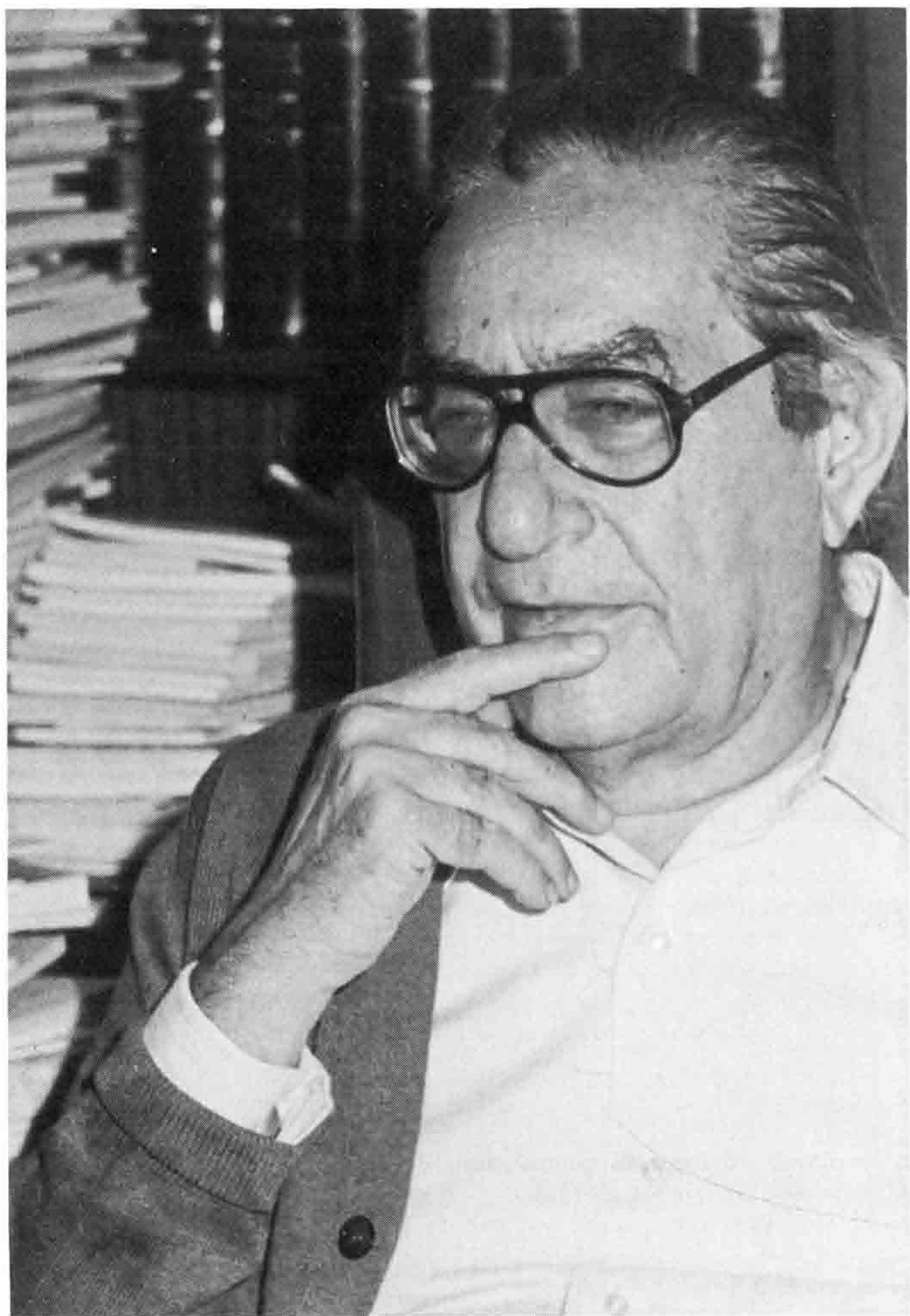


intentarlo y hay que atreverse a ello. La libertad de Cervantes nos ayuda, nos desata las manos. Hay que estar cerca de él. Mientras lees el *Quijote* eres hombre de manera distinta. Mientras sigas viviendo lo leído, serás un hombre libre. Su lectura tiene una acción liberadora, y esta liberación es la primera de las razones que han hecho de Cervantes nuestro contemporáneo.

Se diría que, en efecto, mientras lees el *Quijote* vives de otra manera. Ahora bien, ¿y después? Pueden estar tranquilos. La pregunta no es válida porque en Cervantes no hay *después*. Como escritor está continuamente recién nacido, y en cada nueva situación histórica cobra una nueva actualidad. Tengo que confesar que a mí todos los años me enseña algo. Incluso me hace ver de manera distinta lo que me había enseñado anteriormente. Así, pues, sigamos preguntándonos en qué consiste esta singularísima cualidad de que Cervantes siga siendo contemporáneo nuestro, y que el *Quijote* sea siempre la novela más reciente que se escribe en España. Conseguir este resultado nos parece un milagro, y es un acierto técnico. La novela de Cervantes es tan reciente que al leerla parece que está viva, parece que se está haciendo todavía en las manos de los lectores. No nos da la impresión de que está terminada. Quien más, quien menos, todos queremos interpretarla para hacerla de nuevo a nuestro gusto. Parece una novela en libertad. La novela viviente. La novela viviendo. La novela en que nada acontece de manera definitiva.

Por ejemplo, los personajes suelen cambiar de nombre y esto no tiene perdón de Dios. ¡Adónde vamos a llegar! Fijémonos en un personaje principalísimo, la mujer de Sancho. En la novela de Cervantes se llama Mari-Teresa-Juana-Cascajo-Gutiérrez-Panza. El lector puede elegir entre estos nombres y elegir a su gusto. En cambio, en el *Quijote* de Avellaneda se llama, a todas horas, Mari Gutiérrez. Allí es tan formalita que tiene un solo nombre. No me extraña. No me puede extrañar. Los autores pedestres no se toman libertades con la novela. Cervantes sí, Cervantes sí se toma toda clase de libertades. Se le alegran las manos escribiendo. Se divierte con todo. Ningún autor se ha divertido tanto escribiendo un libro. Tiene tal alegría que escribe siempre de tirón, sin levantar la mano del papel. Luego vuelve sobre sus pasos. Corrige y vuelve a corregir, pero nunca se ajusta a ley alguna. Los detalles le parecen una friura y sólo atiende al pulso narrativo. Novelar es contar, pero cambia lo escrito cuando quiere. Hace figuraciones y desfiguraciones porque no tiene leyes preceptivas. No tiene leyes que lo limiten, y a fuerza de imaginación, a fuerza de pasarse de la raya, pudo inventar y volver a inventar la novela moderna.

Esto es lo cervantino: la imaginación. Y con arreglo a lo que sabemos, inventar divirtiéndose con todo. Se divierte bromeando con la técnica de la novela, bromeando con sus personajes, bromeando con sus lectores y bromeando consigo mismo. Por ello en su novela no hay nada puntual, nada definitivo, nada que pueda sostenerse críticamente. En el *Quijote* todo está en suspensión, todo es complementario, todo se opone sin contradecirse, todo está hecho y por hacer. Hasta los incidentes que constituyen la trama de la novela campan por sus respetos y están en libertad. Desde luego pueden cambiar, pero cambian con arreglo a una ley: son variaciones sobre el mismo tema como una fuga de Juan Sebastián Bach. Pongamos otro ejemplo. En cierto modo por broma y en cierto modo por venganza, Altisidora y la duquesa meten



*Luis Rosales*

de noche varios gatos en la habitación del caballero. Los gatos están furiosos porque llevan cencerro al cuello y van atados por las colas. Como el diablo todo lo añasca, un gato ataca a don Quijote y le causa tales heridas que le hacen guardar cama cinco días. ¡Ni que el tal gato fuera un tigre! Está claro que Cervantes bromea, pero además, anticipándose a lo que puedan pensar los lectores, vuelve a escribir, después, que guardó cama seis días. No quieres caldo, tres tazas. En la obra de Cervantes, hasta los números pierden su acostumbrada seriedad. Los cinco días de marras se convierten en seis por vía de encantamiento y aquí no ha pasado nada. Las cosas que se afirman en el *Quijote* no se confirman nunca. No necesitan confirmación. Por no necesitarla, dijimos que el *Quijote* parece una novela en libertad. De manera evidente nos causa esta impresión. Ni las palabras, ni los juicios, ni los hechos narrados en ella tienen carácter definitivo. Todo queda en el aire porque Cervantes no constriñe a nadie. Diríase que Cervantes no utiliza sus poderes de autor, y la novela se queda siempre en un vaivén figurativo y desfigurativo, en un vaivén genial e inocentísimo, entre lo que se dice y lo que es. Va haciéndose novela a su manera. Por eso está tan viva que nos parece inacabada. También en esto se anticipó Cervantes a su tiempo. El argumento del *Quijote* exige en todo instante la participación de sus lectores. En rigor, su argumento lo fijamos nosotros y lo fijamos a nuestro antojo. Por consiguiente, la participación de los lectores en la creación de la novela es una de sus características más modernas, y otra razón, inmejorable, para seguir considerando a Miguel de Cervantes contemporáneo nuestro.

En homenaje a Octavio Paz voy a hacer mías sus hermosas palabras del año pasado: «*El Quijote* es una obra animada por la ironía, que subraya con una sonrisa la grieta entre lo real y lo ideal. Con Cervantes comienza la crítica de los absolutos, y comienza con una sonrisa, no de placer sino de sabiduría. Cervantes sonríe. Aprender a ser libre es aprender a sonreír».

Y ahora, para terminar este discurso, debo expresar mi último agradecimiento. De igual modo que dije al principio que el escritor representa el espíritu de la comunidad, la Corona es la encarnación de la comunidad. En esto estriba su sentido. Las instituciones nacionales la representan, la Corona la encarna. Con ello entiendo que en la Corona está encarnado todo lo que nos une, todo lo que nos sigue uniendo a los españoles, un poco más adentro, y más allá, de la diversidad de las ideas políticas. Pues bien, este momento en que Su Majestad Juan Carlos I me concede la investidura del Premio Cervantes es el más importante de mi vida. La justifica.

LUIS ROSALES

*Vallehermoso, 26, bajo derecha*  
MADRID